

Los motivos de Francisco Javier

Juan Ochagavía, S.J.

“Para estar bien en esta vida, hemos de ser peregrinos, para ir a todas partes donde más podemos servir a Dios nuestro Señor” (50, 2)¹.

Una tremenda crisis de Iglesia nos paraliza. La indiferencia religiosa se extiende por todas partes. Escándalos estremecedores. Como reacción a la pérdida de Dios, la gente acude a brujos y supercherías. Los sectores sociales A-B-C-1 sólo aspiran a crecer en bienestar y poder, viajes y pasarlo bien. Muy pocos piensan en servir a los más frágiles a nivel macro, y mucho menos en el ámbito religioso. Vivimos un individualismo fagocitario, que devora todo a nuestro alrededor. Nos afanamos por lo no importante y lo efímero. Ni se nos ocurre imaginar todo el bien que podríamos realizar si permitiéramos a Dios conducir nuestras vidas. Ante esto es ineludible la pregunta ¿Qué pasta de cristiano necesitamos hoy?

Pienso que San Francisco Javier, que de joven fue mundano, superficial y ambicioso de poder, podría darnos algunas luces. Según su maestro Ignacio, “la pasta más dura que le tocó amasar”. O sea, tal como la mayoría de nosotros. Pero que enfrentado con la pregunta “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”, y fraguado en los Ejercicios Espirituales de su maestro, reorientó su vida y se puso al servicio de Jesucristo y de su Iglesia en una acción que desbordó los límites del mundo conocido de entonces.

Misionero del siglo XVI, su figura trasciende su época e ilumina a generaciones posteriores hasta hoy día. Sacude nuestra comodidad y estrechez de horizontes y nos mueve a no esconder la cabeza frente a los grandes interrogantes de la vida.

Otros motivos más coyunturales, tales como el creciente desarrollo del sureste asiático, la atracción por la cultura y las religiones del oriente, el poderío del Japón y de la China y el boom turístico hacia esas partes del Asia, dan actualidad a Francisco Javier.

En el siglo XVI los navegantes portugueses dominaban desde África hasta el extremo oriente, e incursionaban por el Japón y la China. A pedido del Papa y de Juan III, rey de Portugal, todo este inmenso territorio le fue confiado por Ignacio de Loyola a Francisco Javier al enviarlo como nuncio papal a las Indias portuguesas.

Sobre Javier, su vida y aventuras, se han escrito centenares de libros. Mi propósito no es volver a relatar su vida sino explorar algunos rasgos de su alma interior. Destacar las

¹ Cito de “Cartas y Escritos de San Francisco Javier”, BAC 3ª. edición (1979). El primer número indica el documento. El segundo, el número del párrafo.

fuerzas secretas que movilizan tanto esfuerzo, tanta alegría, tanta acción. Comenzaré por su afectividad, su extraordinaria fuerza de amar.

Amor a Ignacio

De San Ignacio decía la gente que “era todo amor” y en esto Javier lo siguió muy de cerca. Su amor a Ignacio es conmovedor, “Padre mío en las entrañas de Cristo único” (71, 1). Cercano ya al fin de su vida, en respuesta a una carta en que Ignacio le escribe “Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno”, Javier le contesta que esas palabras lo hicieron derramar lágrimas “acordándome de tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y tiene...” (97, 1).

Al ser Ignacio atacado como sospechoso de herejías venidas de Paris, Javier lo defiende con denuedo: “falso todo cuanto a vuestra merced informaron del señor maestre Iñigo” (1, 6). Dice “ser Iñigo tanto una persona de Dios y de tan buena vida” (1, 7), y que “en su vida podría satisfacer lo mucho que le debe” (1, 6).

Javier se llena de alegría con las cartas de Ignacio. Recibe “con ellas tanto gozo y consolación, cuanto nuestro Señor sabe” (5, 1). Le manifiesta su intenso deseo de verlo en esta vida (60, 1) Y cuando le responde, es tal su veneración, que termina haciéndolo de rodillas (70, 16). Pero la correspondencia en aquel tiempo no era fácil porque las cartas en ir y volver solían tardar más de dos años. Por eso le escribe a Ignacio: “sólo nos veremos por cartas en esta vida, y en la otra cara a cara, con muchos abrazos” (5, 1), “abrazos y besar las manos” (5, 2). De hecho Javier recibió sólo tres cartas de Ignacio, más una última que le llegó después de su muerte, en que éste le pedía volviese a Roma a reencontrarse en la amistad en el Señor y planear juntos el futuro de la misión de las Indias.

Al comienzo Javier espera que Ignacio y sus compañeros lo ayuden dándole ideas para su empresa misionera. Pero con el andar del tiempo se da cuenta que esto es imposible dada la diversidad de las situaciones, necesidades y personas. Pero sí le insiste en que le envíe jesuitas sólidamente formados, probados mediante muchas experiencias difíciles, y capaces de moverse por sí mismos. Y dado que en la India surgían vocaciones a la Compañía, le ruega que venga un padre amante de la Compañía y de sus cosas, que hubiese tratado largo con Ignacio “porque los padres y hermanos de estas partes desean ver alguna persona de Roma, que haya conversado mucho a vuestra santa caridad” (110, 8). Y que los demás que vinieren, antes de venir vayan también a Roma a impregnarse del modo de proceder de Ignacio (110, 11).

Amor entre jesuitas

El amor de Javier a Ignacio se extiende a todos los de la Compañía. Pero, como es natural, muy particularmente al grupo de los primeros compañeros. Los testimonios son abundantes y conmovedores.

Al llegar a Portugal para embarcarse a la India se encontró con Simón Rodrigues, que estaba enfermo de cuartana. Pero fue tal la alegría del encuentro que se le pasó la enfermedad (6, 3).

Desde las Indias escribirá muchas veces que sigue sintiéndose ligado a sus compañeros: “nosotros, ausentes sólo con el cuerpo, aunque presentes con el espíritu” (11, 1). Les expresa su “mucho deseo (que) tengo de veros” (26, 1) y quiere saber de todos y todo en detalle (26, 2). Su recreo es recordar los tiempos con sus compañeros y agradece que recen por él. (20, xx). Pide cartas “porque ya que en esta vida no espero más veros cara a cara, sea al menos por enigmas, esto es por cartas” (15, 15). Les pide que escriban tan largo y tendido sobre cada uno, que él se demore ocho días en leerlas. (12, 8), Se alegra de la confirmación del instituto de la Compañía, y celebra misas por el cardenal Giudiscioni, cuya favorable gestión ayudó mucho a lograrla (20, 14). Se deleita tanto de hablar de la Compañía y de sus compañeros que “lo movería a no parar” (59, 22).

A su amigo Simón Rodrigues le confiesa: “Este es mi vicio, que escribiéndoos a vos no encuentro fin”. Es “grande el gozo que en ello tengo” (79, 22). Finge con su imaginación encontrarse con Simón en Asia: “Confío nos veremos en China o en Japón, o ciertamente en el cielo... donde, según espero... disfrutaremos por toda la eternidad de Dios, perenne manantial de todos los bienes. Amén” (79, 22). No se cohíbe de decirle a Simón cuánto lo quiere. Le dice “Sabed cierto, hermano mío maestro Simón, que os tengo impreso en mi alma, y porque continuamente os veo en espíritu, la vida corporal, en que tanto os deseé ver, ya no me da tanto en qué pensar, y esto causa el veros siempre presente en mi alma” (103, 2).

Estas experiencias le permiten filosofar acerca de la amistad a distancia. Dice que “no causa desamor ni descuido, en los que en el Señor se aman, la distancia corporal, pues casi siempre nos vemos, a mi parecer, dado que familiarmente, como solíamos, no nos conversemos... Esta presencia de ánimo tan continua, que de todos los de la Compañía tengo, más es vuestra que es mía, pues vuestros continuos y aceptos sacrificios y oraciones por mí, triste pecador, siempre hacéis, son los que causan en mí tanta memoria” (48, 1).

Para concretar su amor, recortó las firmas de sus compañeros y las llevaba consigo. Les dice: “Y para que jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación mía, os hago saber, queridísimos hermanos, que tomé de las cartas que me escribisteis, vuestros nombres, escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de la profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por las consolaciones que de ellos recibo” (55, 10).

Leyendo estos testimonios, surge la pregunta: ¿Es esta la Compañía de la que decía Voltaire que los jesuitas “entran sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse?” ¿Es esta la Compañía de Jesús descrita por sus críticos como una asociación fría y cerebral dirigida tan sólo a maximizar ganancias apostólicas?

La pastoral del amor

Para Javier el secreto misionero se resume en el amor, en la pastoral del amor. Escuchemos las recomendaciones que da a sus colaboradores; “Procuraréis con todas vuestras fuerzas haceros amar de esta gente... haréis mucho más fruto...” (64, 16). “Trabajaréis en haceros amar en los lugares donde anduviereis y estuviereis...con palabras de amor, para que de todos seamos amados, antes que aborrecidos: porque de esta manera haréis más fruto, como ya dije. El Señor nos lo conceda y quede con todos. Amén” (64, 22). “Primeramente, cuando en vos fuere, trabajad con todo el pueblo de haceros amar, principalmente de los frailes (OFM) y mayordomos de la Madre de Dios. Insiste que no hayan “discordias ni desavenencias, sino mucho amor y caridad, sin dar ocasión de murmuración a los de dentro ni a los de fuera” (81, 3). “Y guardaos de escribir cosa de desamor...” (81, 5)

La palabra “amor” fluye de su pluma en todo momento: “a todos era amor grande y caridad no fingida” (84, 1); “lo puso largo por obra, no con poca diligencia y amor” (84, 2); “a todos los de la Compañía muestra tanto amor” (84, 2).

A Antonio Gomes, designado para un trabajo delicado en Goa, le recomienda que tenga “caridad, amistad y amor” con los franciscanos, que los visite “de manera que ellos conozcan en vosotros que los amáis”. Así el pueblo “amador de discordias” verá “la caridad que entre vosotros hay con todos (84, 7).

A uno que comenzaba a ser superior de una comunidad le pide que sobre todo “os hagáis amar de todos”. Que el superior de casa “trabaje por hacerse mucho amar de los hermanos, más que de Kagoshima: “Por amor de nuestro Señor os ruego que os hagáis amar de todos los hermanos de la Compañía mucho, así de los que están en casa como fuera, por cartas” (93, 13).

Después de darle algunos consejos pastorales, vuelve al tema del amor: “... holgaré de saber que todos los hermanos de la Compañía os aman mucho, así los que están en casa como fuera; porque no estaré satisfecho en saber que vos os amáis, sino en saber que de ellos sois amado. Francisco” (93, 13). Se preocupa de que al joven jesuita Andrés del Carvalho, que por motivos de salud debe volver a Portugal, se le reciba allá con gran amor y caridad (103, 1). Quiere que a los niños que vienen a las oraciones se les trate con mucho amor, guardándose de escandalizarlos, disimulando con los castigos que merecen (64, 19).

Con sus parientes Azpilcueta empleaba el mismo lenguaje del amor: “... yo callo el vínculo de amor que me une con v. merced. El Señor, el solo que escudriña los secretos de los dos, sabe cuán íntima me es vuestra merced. Vale, doctor egregio, y ámeme, como acostumbra.” (10, 2.).

En la penúltima carta que de él conservamos, escrita el 12 de noviembre de 1552, a menos de un mes de su muerte, a su amigo y bienhechor Diego Pereira, resuena el corazón tremendamente afectivo de Javier. La cierra, declarándose “su servidor y grande amigo del alma” (136, 8).

Celo apostólico ardiente

Javier vivía urgido por el deseo de “hacer fruto”, cosa que para él significaba evangelizar de verdad a los cristianos y convertir a los paganos. Resonaban en él las palabras del evangelio escuchadas a Ignacio: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?” (*Lc 9, 25*).

Viaja de Roma a Lisboa agradecido a Cristo nuestro Señor por ser destinado a las Indias (6, 1). Pero ya en el camino su celo era incansable, confesando a muchos del séquito del embajador (6, 2). A raíz de que un caballero casi se ahogó en un río, predica sobre estar siempre preparados para la muerte. Predica en la corte, pero al mismo tiempo en hospitales y catequiza a gente ignorante, según su principio pastoral de “entrar por las cosas bajas” (6, 9). En cuanto a sus admiradores de la corte, pide a Dios que les aumente la fe. Los atiende, pero siempre manteniendo como base a los enfermos y a los pobres (6, 9).

Antes de partir a las Indias busca en Portugal clérigos que lo acompañen (6, 8). Pero por sobre todo ora con estas palabras: “Plegue a nuestro Señor nos dé gracia para aumentar su nombre entre gentes que no le conocen” (9, 1). Su anhelo es que “se conviertan muchos cristianos” (13, 3). Para ello pone su confianza en la Iglesia: “... la santa madre Iglesia, en quien yo mi esperanza tengo, cuyos miembros vivos vosotros sois, confío en Jesucristo nuestro Señor que nos ha de oír y conceder esta gracia... plantar su fe entre los gentiles” (15).

Sus motivaciones más hondas las expresa en esta hermosa oración, que pese a su anticuada teología de irse al infierno, descuella por su profundidad y amor: “Eterno Dios, criador de todas las cosas, acuérdate que tú solo creaste las almas de los infieles, haciéndolas a tu imagen y semejanza. Mira, Señor, como en oprobio tuyo se llenan de ellas los infiernos. Acuérdate, Señor, que tu hijo Jesucristo padeció por ellas, derramando tan liberalmente su sangre. No permitas, Señor, que el mismo Hijo tuyo y Señor nuestro sea más tiempo despreciado de los infieles; antes aplacado por los ruegos de los santos, elegidos tuyos, y de la Iglesia beatísima esposa de tu mismo Hijo, acuérdate de tu misericordia, y olvidado de su idolatría e infidelidad, haz que también ellos conozcan al que enviaste Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que es salud, vida y resurrección nuestra, por el cual somos libres y nos salvamos, a quien sea gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén” (67, desde Goa, año 1548).

En términos actuales esta oración es un canto al amor de Dios Padre creador, a la dignidad del ser humano hecho a imagen y semejanza divina, al amor de Jesucristo llevado hasta el extremo de dar su vida por nosotros, al poder de los santos y de la Iglesia toda para contribuir a la salvación eterna de la humanidad confiando en la divina misericordia, a la convicción de que sólo en Cristo tenemos vida y resurrección, libertad y gloria.

Esta oración se complementa con esta otra, breve síntesis de todo aquello que lo mueve en su vida y trabajo misionero: “Jesucristo nuestro Señor nos enseñe a cumplir su voluntad y después de los trabajos de esta vida nos lleve a aquel bienaventurado y eterno descanso. Amén.” (72, 4).

Juntando ambas oraciones, podemos entender qué es para Javier que las almas se vayan al infierno, qué es para él el infierno. No es un lugar de tormentos horrorosos, de diablos con tridentes y calderas de fuego, de crueldades refinadas que jamás terminan. Es sencilla y más hondamente perderse por propia voluntad el destino maravilloso y eterno para el que hemos sido creados por el amor de Dios. Es fallarle a Cristo a cuya imagen y semejanza hemos sido creados y que por amor a nosotros se entregó a la muerte. En el caso de los infieles que no lo conocen, es dejarlos en la oscuridad de no conocer al Señor de la vida y del descanso eterno. Es tal la grandeza del amor de Dios y de su designio salvador, que los tormentos horrorosos están de sobra. Quedar por propia decisión fuera de este designio es el dolor inmenso del que se auto-excluye del Cielo. Este motivo positivo es lo que mueve a Javier a bautizar criaturas pequeñas y a ir de isla en isla catequizando adultos para llevarlos al bautismo; o sea, insertarlos en el Cristo Pascual, fuente de perdón y de vida resucitada.

Su rutina de misionero

El viaje de Lisboa a la India duró un año y un mes. Confesaba y predicaba los domingos y agradecía a Dios por poderlo hacer “en el señorío de los peces” (15, 2).

Durante la detención en Mozambique se dedicó a los pobres: “Todos pasábamos con los pobres... ocupándonos así en lo temporal como en lo espiritual. El fruto que se hace, Dios lo sabe, pues él lo hace todo” (13, 2). Alojaba en el hospital con los enfermos y los cuidaba. Hubo una peste y murieron ochenta, casi todos contentos” (15, 3).

Al pasar por Malinde, en la actual Kenia, vio una cruz “grande, de piedra, dorada, muy hermosa”, hecha por los portugueses, y tuvo un gran consuelo espiritual: “En verla, Dios nuestro Señor sabe cuánta consolación recibimos, conociendo cuán grande es la virtud de la cruz, viéndola así sola y con tanta victoria entre tanta morería” (15, 6). En esa ciudad entabló un diálogo con un moro muy principal, que estaba muy triste de que su gente apenas iba a las mezquitas. Estaba muy confundido y se preguntaba “de dónde perderse así la devoción”. Dialogaron largo rato, pero sin llegar a ponerse de acuerdo. Francisco – con mentalidad de su tiempo - le sugería que la causa de eso era “que Dios Nuestro Señor no descansaba con infieles, y menos con sus oraciones” (15, 8). Otro moro muy docto, maestro en esa ciudad, decía que si dentro de dos años Mahoma no volvía a visitarlos, no creería más en él ni en su secta. Lo que movió a Javier a reflexionar que es “propio de infieles y grandes pecadores vivir desconfiados...”. Pero Javier lo toma por el lado positivo. Es decir, esta desconfianza hará que ellos se encuentren con el Dios de su fe: “merced es que nuestro Señor les hace sin ellos conocerla” (15, 8).

Continuando su viaje, Javier encuentra cristianos en la isla de Socotora, que eran devotos del apóstol santo Tomás, pero muy ignorantes de cosas religiosas. Bautizó a muchos y le pidieron que se quedara con ellos (15, 10). Hubo de negarse, pero después desde la India les enviará misioneros para cultivarlos en la fe y pedirá al rey de Portugal, que destruya las fortalezas moras y que mande echar a los moros de esas islas (73, 5-6).

Llegado a Goa, aloja en el hospital, confiesa y da la comunión. Por la mañana a los sanos y en la tarde a los enfermos. Hace igual cosas en la cárcel. Catequiza a más de 300 niños. Su

ejemplo, a pedido del obispo, fue replicado en otras iglesias (15, 12). Agradece a Dios al ver “que el nombre de Cristo tanto florece en tan luengas tierras y entre tantos infieles” (15, 5).

Los domingos y fiestas predica, explica el Credo, enseña catecismo y va a los leprosos, que “quedaron muy amigos y devotos míos” (15, 13). Poco tiempo después comienza a desplazarse, comenzando por ir al sur, al Cabo de Comorín.

Va con estos sentimientos: “Placerá a Dios nuestro Señor que, no mirando a mis infinitos pecados, me ha de dar su santísima gracia para que acá en estas partes mucho le sirva” (15, 14). Se siente lleno de consuelos: “Los trabajos son grandes refrigerios y materia para muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la cruz de Cristo nuestro Señor, descansan viniendo en estos trabajos, y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos. ¡Qué muerte es tan grande vivir, dejando a Cristo, después de haberlo conocido, por seguir propias opiniones o aficiones! No hay trabajo igual a éste. Y por el contrario, ¡Qué descanso vivir muriendo cada día, por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!” (15, 15).

Pide cartas a sus compañeros de Europa “porque ya que en esta vida no espero más veros cara a cara, sea al menos por enigmas, esto es, por cartas”. Y se remite a la fecundidad a la Iglesia: “... la santa madre Iglesia, en quien yo mi esperanza tengo, cuyos miembros vivos vosotros sois, confío en Jesucristo nuestro Señor que nos ha de oír y conceder esta gracia (de) plantar su fe entre los gentiles” (15, 15).

Movido por el Espíritu.

El misionero Javier no es un aventurero sino un enviado. No es él quien elige dónde y cómo misionar, sino el Espíritu de Cristo que lo guía mediante circunstancias exteriores y toques y sentimientos interiores. Finalmente, los toques interiores son los que deciden, porque las mismas circunstancias externas han de ser discernidas internamente por él. Es eximio en el arte de discernir los sentimientos que el Espíritu Santo le suscita en orden a la misión. Aquí la persona se juega a fondo. Veamos algunos textos.

El 7 de abril de 1545 escribe desde Negatapán, en el sureste de la India, al padre Francisco Mansilla. El contexto es si ir o no a Macassar, en las islas Célebes, actual Indonesia, a enorme distancia de la India. Para él la decisión pende de la voluntad divina: “Dios nuestro Señor por tiempo nos dé a sentir su santísima voluntad; y quiere de nosotros que siempre estemos prestos para cumplirla, todas las veces que nos la manifestare y diere a sentir en nuestras almas; y para estar bien en esta vida, hemos de ser peregrinos, para ir a todas partes donde más podemos servir a Dios nuestro Señor” (50, 2). Ha tenido noticias de que en Macassar “hay mucha disposición para servir a Dios, y por falta de quien en eso trabaje, se dejan de hacer muchos cristianos”. Por todo el mes de Mayo se toma tiempo para que Dios le aclare qué hacer. Y añade: “Y en el caso de que Dios nuestro Señor se quiera servir

de mí, yendo yo a las islas de Macassar...mandaré correo terrestre a Goa, al señor gobernador..." (50, 3).

La convicción de que "para estar bien en esta vida, hemos de ser peregrinos, para ir a todas partes donde más podemos servir a Dios nuestro Señor" retrata de cuerpo entero el corazón de Javier (50, 2). Es el Señor quien le ha de mostrar adónde ir, poniéndoselo en su alma, y se toma todo un mes para ello.

El 8 de mayo escribe desde Meliapur (actual Madrás) a dos compañeros de Goa el resultado de su búsqueda: "En esta santa casa tomé por oficio ocuparme en rogar a Dios nuestro Señor me diese a sentir dentro en mi alma su santísima voluntad, con firme propósito de cumplirla, y con firme esperanza que dará el ejecutar quien haya dado el querer. Quiso Dios, por su acostumbrada misericordia, acordarse de mí; y con mucha consolación interior sentí y conocí ser su voluntad, fuera yo a aquellas partes de Malaca, donde nuevamente se hicieron cristianos..." (51, 1).

Para prepararse a lo que el Señor dispusiera de él, se puso a escribir en lengua malaya los artículos de la fe (el Credo) y los mandamientos, además del Padre Nuestro, el Ave María y el Yo Pecador. Esta última oración "para que (los malayos) confiesen a Dios sus pecados cotidianamente. Esta les servirá en lugar de confesión sacramental, hasta que Dios provea de sacerdotes que entiendan su lengua" (51, 1).

El discernimiento ignaciano termina con la confirmación divina. Javier la siente muy clara: "Estoy tan determinado de cumplir lo que Dios me dio a sentir en mi alma, que, a no hacerlo, me parece que iría contra la voluntad de Dios; y que ni en esta vida ni en la otra me haría merced". Es tan fuerte su convicción, que dice que si no fuesen navíos de portugueses este año para Malaca, iría en navío de moro o hasta en un catamarán, "puesta toda mi esperanza en Dios" (51, 2).

Pero las cosas en Malaca no anduvieron bien y Javier tuvo que cambiar su decisión, yendo a Ambueno, otro sector del archipiélago de Indonesia, aun más alejado de la India: "Voy para Ambueno, a do hay muchos cristianos y mucha disposición para se hacer más" (54, 1).

El año 1546, estando en Ternate, redacta en portugués una Declaración al Símbolo de la Fe (el Credo) para compartirla con los misioneros. La han de enseñar a lo largo de un año, repitiéndola varias veces. Es una hermosa aplicación del segundo modo de orar de los Ejercicios de San Ignacio. En relación al artículo "Creo en el Espíritu Santo", explica: "Obligado está todo cristiano a creer firmemente, sin dudar, en el Espíritu Santo y en sus santas inspiraciones" (58, 8). Para Javier el discernir los sentimientos interiores no es un lujo para los piadosos sino un deber de todo cristiano que brota del Credo en la Trinidad que habita en él. El cristiano está obligado a no dudar de ellos porque sería ofender al Espíritu Santo.

La ida a misionar el Japón también le fue señalada por Dios. Todo comenzó, cuenta él a sus compañeros de Roma, cuando estando en Malaca "unos mercaderes portugueses, hombres de mucho crédito, me dieron grandes noticias de unas islas muy grandes, de poco a esta

parte descubiertas, las cuales se llaman las islas del Japón, donde, según parecer de ellos, se haría mucho fruto en acrecentar nuestra santa fe...más que en ningunas otras partes de la India, por ser ella una gente muy deseosa de saber en grande manera, lo que no tienen estos gentiles de la India” (59, 15).

Se sumó a esto el hecho que un noble samurai japonés, llamado Angiró, vino a Malaca para hablar con Javier a fin de tranquilizar su conciencia por un homicidio cometido en su juventud. Después de muchas peripecias, se encontraron en Malaca y pudieron hablar largo y tendido en portugués: “Holgó mucho conmigo y me vino a ver con muchos deseos de saber cosas de nuestra ley” (59, 15). Angiró iba al catecismo y escribía lo aprendido. Rezaba mucho en la iglesia (59, 16).

Javier le preguntó si yendo ambos a Japón, los japoneses se harían cristianos. Le contestó que no se harían cristianos luego. Que primero le harían muchas preguntas. Y sobre todo se fijarían “si vivía conforme a lo que hablaba”. Si en ambos puntos quedasen satisfechos “en medio año, el rey y la gente noble, y toda otra gente de discreción se harían cristianos, diciendo que ellos no son gentes que se rigen sino por razón” (59, 17).

Javier pidió a un mercader amigo, que había estado en Japón en la tierra de Anjiro, que le diese por escrito un informe detallado de lo que había visto y oído de personas que decían la verdad, para mandarla a sus compañeros de Roma. Los mercaderes le dicen que si él fuese allá, “haría mucho servicio a Dios nuestro Señor, más que con los gentiles de la India, por ser gente de mucha razón”. Ha meditado sus sentimientos interiores y llega a esta conclusión: “Paréceme, por lo que voy sintiendo dentro de mi ánima, que yo, o alguno de la Compañía, antes de dos años iremos a Japón” (59, 18).

Pide a sus compañeros de Roma que rueguen a Dios por esta empresa, que está llena de peligros del mar y de los piratas chinos, donde muchos navegantes se pierden. Javier va con Anjiró a la India para que aprenda bien portugués y conozca el modo de vivir de los cristianos. Además, seguirá catequizándolo, y sacarán toda la doctrina cristiana y las oraciones en lengua japonesa, porque Anjiró es muy buen escritor (59, 19).

Partida al Japón

San Ignacio concibió la Compañía como un cuerpo espiritual , es decir, movido por el Espíritu, que es el “Peregrinador”, el que determina en ella los envíos y las misiones de sus miembros. Javier fue eximio en dejarse conducir por el Espíritu. Reúno a continuación algunos textos más relevantes, que hablan por sí solos, y que profundizan lo dicho en el apartado anterior acerca de la conducción por el Espíritu:

“Yo no dejaría de ir a Japón, por lo mucho que tengo sentido dentro en mi ánimo... por cuanto tengo muy grande esperanza en Dios nuestro Señor que en aquellas partes se ha de acrecentar mucho nuestra santa fe” (70, 10).

Pide a Dios que “me hiciese tanto merced que, siendo más servicio suyo de ir a estas partes, me diere a sentir dentro de mi alma su santísima voluntad, y fuerzas para perfectamente

cumplirla. Quiso su divina Majestad darme en sentir dentro de mi alma que era servicio suyo que yo fuera a Japón...” (83, 1).

Javier viaja a Japón con tres japoneses, que se instruyeron por muchos meses en la fe en el colegio San Pablo, de Goa, para prepararse al bautismo (85, 4). El proceso culminó con los Ejercicios, donde “tuvieron grandes sentimientos y consolaciones y lágrimas en el tiempo que se ejercitaron” (85, 3).

El Espíritu lo confirma “dentro en mi alma” de ir al Japón. “Parece que, si lo dejara de hacer, fuera peor de lo que son los infieles de Japón” (85, 8).

A sus compañeros de Europa escribe desde Malaca: “Mucho tiempo estuve, después de tener información de Japón, si iría o no allá, para determinarme; y después que Dios nuestro Señor quiso darme a sentir, dentro en mi alma, ser él servido que fuera a Japón, para en aquellas partes servirlo, parece que, si lo dejara de hacer, fuera peor de lo que son los infieles de Japón” (85, 8).

Serle fiel al Espíritu no fue para Javier un don suave y pacífico. Supuso mucha y larga lucha: “Mucho trabajó el enemigo para impedirme esta ida; no sé lo que recela de que vayamos nosotros a Japón” (85, 8). Entre gente bárbara hay muchos demonios, pero “no nos pueden hacer más mal ni enojo, sino cuando Dios les permite y da licencia” (85, 9). Tiene un solo recelo y miedo, que es ofender a Dios nuestro Señor (85, 10). Pero para esto cuenta con la misericordia divina y los merecimientos de la santa madre Iglesia “y particularmente los de toda la Compañía, del nombre de Jesús, y de todos sus devotos y devotas...” (85, 11). Por todo eso “vamos muy confiados que tendrá buen suceso nuestro viaje” (Ibid.).

Valorar los sentimientos interiores

Partiendo para China Javier deja como rector del colegio San Pablo, de Goa, al padre Gaspar Barzeo. Junto con el cargo, le escribe cinco detalladas instrucciones para su gobierno. Llama la atención como Javier conjuga los detalles más prácticos con los principios espirituales más sublimes. Entre éstos, le dice, sobre todo ha de atender “muy grandemente las cosas que Dios nuestro Señor os da a sentir dentro en vuestra alma”. Para esto le aconseja escribirlas en un librito, para que le queden impresas en su alma, ya que “en esto está el fruto”. En seguida ha de meditarlas, ya que Dios nuestro Señor se las ha comunicado. Es un ejercicio de humildad que lo encarece por amor de Dios nuestro Señor y nuestro padre Ignacio y toda la Compañía (116, 8).

Al padre Antonio de Heredia le recomienda lo mismo: “Y sobre todo procurad sacar de todo y de las cosas arriba dichas, sentimiento interior, notando y escribiendo las cosas que particularmente Dios os da a sentir, porque en esto se encierra el provecho espiritual” (120, 8). Se exhibe mostrando la gran diferencia entre cosas dichas o escritas con sentimientos espirituales y otras sin sentimiento interior. Los santos escribían sus sentimientos interiores. Los hombres que carecen de sentimientos interiores se aprovechan poco de lo que los santos escribieron”. Concluye reiterando lo ya dicho: “Por eso os encomiendo que los

sentimientos espirituales los escribáis y tengáis en grandísima estima, y os humilléis más y más, porque el Señor os los acreciente” (120, 8).

La humildad y el amor hasta dar la vida

La sensibilidad al Espíritu – o sea, vivir del amor y para el amor - requiere de mucha humildad. Porque la humildad y el amor van juntos. Es el tema de Ignacio en sus Ejercicios al hablar de “Tres maneras de humildad” (EE 164-168), que en otra parte lo titula “Tres maneras de amor”.

Al provincial de Portugal, Simón Rodrigues, pide Javier que todos los años envíe jesuitas a la India. Que la mayoría sean sacerdotes de misa, personas de mucha mortificación, experiencia, mucha humildad y mansedumbre (73, 7). Que no sean demasiado jóvenes sino de treinta y cuarenta años y que destaquen en las virtudes de la humildad, mansedumbre, paciencia y castidad (79, 22). Tiene él muy claro que la humildad, junto con la castidad, son virtudes indispensables en los misioneros (70, 3).

La humildad nace del amor de Dios y de la confianza total en que, fundados en él, podemos hacer cosas grandes por Cristo. “Los trabajos... son grandes refrigerios y materia para muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la cruz de Cristo, nuestro Señor, descansan viniendo en estos trabajos, y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos. ¡Qué muerte es tan grande vivir, dejando a Cristo, después de haberlo conocido, por seguir propias opiniones o aficiones! No hay trabajo igual a este. Y por el contrario, ¡qué descanso vivir muriendo cada día, por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!” (15, 15).

Un caso límite para Javier fue viajar a la isla de El Moro. Había allí muchos cristianos, pero ignorantes, sin tener a nadie que los instruyese y apoyase en la fe. Los indígenas eran gente muy primitiva. Se corría peligro de ser envenenado, motivo por el cual ya no iban más clérigos a cuidar a los cristianos. Los portugueses se referían a ellos como traidores, caníbales, de lujuria horrible (55, 11). La tierra es boscosa, volcanes en erupción, siempre temblando (55, 12). Javier sabe todo esto, pero decide marchar allá y explica así su decisión: “Yo, por la necesidad que estos cristianos de la isla del Moro tienen de doctrina espiritual y de quien los bautice para salvación de sus ánimas, y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal, por socorrer a la vida espiritual del prójimo, determino me ir al Moro, por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios N. S., deseando de me conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de Cristo nuestro Redentor y Señor, que dice: ‘Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará’ (55, 4)”.

En esta carta a sus compañeros de Roma Javier abre su corazón y les dice que estas palabras del Señor, tan claras y fáciles de entender en latín y en abstracto, al pasar a lo concreto se hacen muy oscuras. Y que sólo se las puede entender por una gracia especial de la misericordia de Dios. Javier va al Moro por amor a la Cruz de Cristo (55, 4).

En otra carta, posterior a su ida al Moro, dice que mejor sería llamarla isla “de los mártires”. E invita a que le envíen de Portugal candidatos para el martirio: “Creo que aquellas islas del Moro han de engendrar muchos mártires de la Compañía... Así que los de la Compañía que desean dar su vida por Jesucristo, anímense y alégrense, pues tienen ya preparado el seminario de los mártires, donde satisfacer sus ansias” (79,18).

Está claro, Javier pide jesuitas de la Tercera Manera de Humildad, capaces de dar la vida en servicio de los prójimos por el evangelio de Jesucristo. “Lo que me atrevo a asegurar es que los que aman a Dios y al prójimo, son probados como el oro en el crisol” (79, 18).

Desde su isla de Sanchón frente a China, Javier sugiere modos de cultivar la humildad y el amor humilde. Así, recomienda al padre Gaspar Barzeo, “que mirareis más lo que Dios deja de hacer por causa de vosotros, que lo que por medio de vosotros hace; porque con lo primero os confundiréis y humillaréis, y conoceréis cada día más vuestras flaquezas y ofensas contra Dios; y con lo segundo, corréis riesgo muy grande de una engañosa y falsa opinión, haciendo fundamento en lo que no es vuestro, ni hecho por vos, sino solamente por Dios. Y mirad a cuántos hizo mal esto; y cuán dañosa peste es esta en la Compañía” (133, 2).

- - - - -

Amor a Cristo hasta la cruz, confianza total en Dios y docilidad al Espíritu es lo que Javier, ya casi por entrar a China, pide al padre Francisco Pérez que recen para él. Con estas fuerzas no teme entrar al imperio chino. Le dice: “Rogad mucho a Dios por nosotros, porque corremos grandísimo riesgo de ser cautivos; pero nos consolamos con pensar que mucho mejor es ser cautivo por sólo el amor de Dios, que libres por huir de los trabajos de la cruz” (135, 9).

Este es el amor y la humildad que Javier aprendió de los Ejercicios Espirituales de su maestro Ignacio. Y es lo que el Señor, en lugares y maneras muy poco vistosas, va regalando a muchos hoy día para renovar nuestra Iglesia. Esto es construir la casa de Dios sobre un cimiento sólido que resista a las lluvias y temporales del presente.